

bro de reciente aparición, y que lleva el sugestivo título de «El Mito de la Metáfora» (1). Para Turbayne, la metáfora consiste en el empleo de expresiones idiomáticas pertenecientes a una determinada categoría para presentar hechos encuadrables en otra distinta; es lo que él llama «cruce de especies».

Estamos acostumbrados a relacionar la metáfora con la función poética y, sin embargo, en una forma más o menos larvada, aquella está presente en todas las manifestaciones del lenguaje. Ocorre a menudo que no nos damos cuenta de las metáforas que usamos en nuestras conversaciones cotidianas porque se trata en muchos casos de metáforas más o menos fosilizadas, aunque nosotros creemos estar utilizando esos términos en un sentido completamente literal: decimos, por ejemplo, «sonido alto», «voz profunda» o «comprender una película». El uso metafórico nos permite expresar siempre cosas nuevas, asimilar fragmentos inéditos de la realidad. Por todo ello no debe extrañarnos el papel que la metáfora ha jugado en la formulación de las diversas teorías científicas y en las correspondientes visiones del mundo que se han sucedido a lo largo de la historia. Expresiones en apariencia científicas —debido al uso continuo que de ellas se hace en la jerga— como «mecánica ondulatoria» obedecen a un uso claramente metafórico. Cuando Locke, para utilizar un ejemplo que nos ofrece el propio Turbayne, habla de la mente como una habitación que, va en el nacimiento, se va llenando poco a poco de muebles, o Descartes y Newton se refieren al universo como una máquina o un mecanismo de relojería, están hablando claramente en metáfora.

El peligro, no obstante, según lo denuncia Turbayne, consiste en

tomar esos modelos —en realidad, metáforas extensas— al pie de la letra, es decir, permitir que el «cruce» degeneren en lo que él mismo llama «invasión de especies». «La historia de la ciencia, afirma el autor, puede considerarse como el registro de los intentos por colocar máscaras metafísicas a los rostros de proceso y procedimiento. Luego que la máscara ha sido utilizada durante un periodo de tiempo considerable, tiende a fundirse con el rostro...».

Una nueva metáfora triunfante, al imponernos una visión determinada del mundo, provoca en nosotros determinados cambios de actitudes. Para demostrar la relatividad de esas construcciones ideales, Turbayne propone sustituir uno de los modelos más profundamente arraigados en el pensamiento occidental por otro distinto sobre la base de que el mejor y único modo de desenmascarar una metáfora es utilizar una nueva capaz de explicar más satisfactoriamente los fenómenos considerados. Siguiendo a Berkeley («Un ensayo hacia una nueva teoría de la visión, 1709»), Turbayne elabora un modelo lingüístico de la visión en oposición a las tradicionales teorías representativas que consideran el sistema ocular como una simple cámara fotográfica que se limita a registrar pasivamente, teorías todas que no tienen en cuenta el papel activo que en la visión desarrolla la mente. Basándose en el modelo lingüístico, Turbayne establece una distinción entre signos —visuales en este caso— y referentes a cosas significadas. Los datos visuales se combinan para formar signos, que no hay que confundir con lo significado, de igual modo que la palabra «sillas», por poner un ejemplo, no sirve para sentarse, y a los que el sujeto da una interpretación de acuerdo con el contexto en que se producen y conforme tam-

bién a su particular experiencia y a sus expectativas. A veces nos equivocamos y tomamos por realidad lo que no es más que una ilusión óptica, como nos ocurre también en el lenguaje cuando no somos conscientes de la dualidad de sentido subyacente a una metáfora. El modelo geométrico tradicional no podía dar cuenta satisfactoriamente de algunas de estas ilusiones o espejismos, lo que no ocurre con el lingüístico según lo utiliza Turbayne.

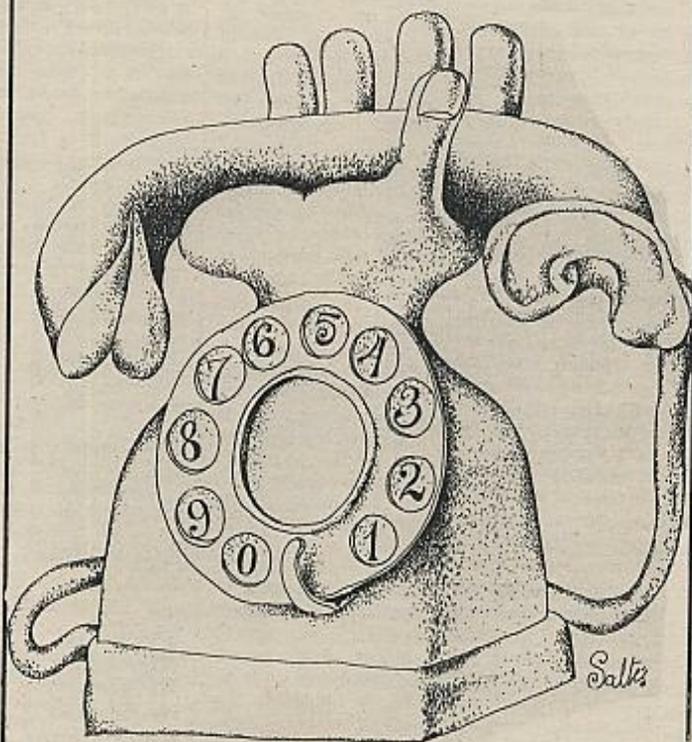
Después de aplicar este último modelo al fenómeno concreto de la visión, el autor lo hace extensivo a la totalidad de los fenómenos naturales: trata, en efecto, de reemplazar la relación, tan arraigada en nuestro modo de pensar occidental, de «causa-efecto», basada en el modelo mecanicista del universo introducido por aquellos geniales «cruzadores de especies» que fueron Descartes y Newton, por la de signo-significado, advirtiéndonos que esa relación pertenece al procedimiento, es decir, a la construcción ideal en la mente del observador, y no al proceso o fenómeno que se trata de estudiar. Si se aplica a este último no puede ser más que en sentido metafórico, pues no existe ningún fundamento que nos permita a tal relación una realidad objetiva.

La gran lección de este libro es la de que debemos estar conscientes en todo momento de la presencia del disfraz metafísico en las teorías aparentemente más «científicas» y objetivas, pues no hay modelos verdaderos o falsos, sino metáforas más o menos apropiadas, más o menos económicas para explicar el mundo. ■ JOAQUÍN RABAGO.

**Novalis,
o la búsqueda
del absoluto
nocturno**

Recientemente se ha editado en Visor par-

por
FABULOSO,
el
fabuloso
brandy
de
PALOMINO
&
VERGARA.
Jerez.

(1) «El Mito de la Metáfora». Fondo de Cultura Económica. Traducción de Celia Scherer.